

dijese: «No me enfadaré, añadió, y de muy buena gana lo repetiré.» Todos afirmaron haberle entendido bien; y el príncipe Mauricio hasta dijo: «¿Quién no lo entenderá? Es tan claro que no es posible errar.»

Veamos ahora cómo relata el rey Federico en su historia de esta guerra, las disposiciones que dió para la batalla: «Se había resuelto atacar la derecha del enemigo porque estaba mal apoyada, y el acceso era más fácil por aquel lado. El frente de los austriacos se extendía sobre las alturas peñascosas, ásperas y escarpadas á cuyo pié había algunas aldeas dispersas por la llanura y ocupadas por los panduros. No era posible atacar al enemigo por este lado, pero era fácil el ataque por su derecha. El punto destinado á ser atacado por la izquierda prusiana era una altura, ocupada ya por los austriacos, donde había un cementerio solitario rodeado de croatas que era preciso tomar. Dirigiéndose despues un poco hácia la izquierda se podía atacar al ejército del feldmariscal Daun por la espalda y de flanco. Para realizar bien este ataque era indispensable apoyarlo con toda la infantería de nuestro ejército; y por esta razón resolvió el rey apartar su derecha completamente del fuego del enemigo, á cuyo fin dió orden severa á los jefes que la mandaban de no pasar de ningún modo de la gran carretera de Kolin. Esto estaba tanto más indicado cuanto que la parte del ejército austriaco que esta ala tenía en frente ocupaba una posición inexpugnable. Si las posiciones así designadas por el rey á sus tropas se hubiesen conservado estrictamente, el rey habría podido en el curso de la batalla hacer avanzar, según lo exigiera el caso, un batallón tras otro para socorrer á las brigadas encargadas del primer ataque. Fuera de esta disposición tenía orden Zieten de entretener con 40 escuadrones la caballería de Nadasdy, para impedir que ésta turbara los movimientos de la infantería prusiana. El resto de la caballería quedó apostado detrás de las líneas á manera de reserva.»

Se ve que Federico el Grande se había propuesto en Kolin el mismo plan de ataque por una ala, que empleó delante de Praga y más adelante cerca de Leuthen. En Kolin dependía el buen éxito de este plan del exacto cumplimiento de la orden dada á la derecha de permanecer inmóvil hasta que él la llamara al socorro de su ala izquierda. Por desgracia no se hizo así. Para referir lo que sucedió, dejaremos otra vez la palabra al mismo rey Federico, cuya relación, despues de las más minuciosas investigaciones, ha resultado perfectamente verídica, á pesar de los esfuerzos hechos posteriormente por la casa de Anhalt para desfigurar la verdad, esfuerzos que tan innecesario éxito tuvieron.

El general Hülsen empezó el ataque con seis batallones y 14 piezas de artillería. De los restantes 21 batallones, formaban 6 la segunda línea y 15 la primera. Zieten atacó con su caballería al cuerpo de Nadasdy, al cual dispersó y persiguió hasta más allá de Kolin dejándolo cortado de las fuerzas austriacas, de suerte que en aquel día no podía ya hacer ningún daño á los prusianos. A la una de la tarde atacó Hülsen el cementerio y la aldea del cerro Crechor, donde encontró poca resistencia y se apoderó de dos baterías, cada una de 12 cañones.

Hasta aquí todo había marchado bien; pero desde este momento se cometieron los errores que hicieron perder á los prusianos la batalla. El príncipe Mauricio de Anhalt-Dessau (que nació en 31 de octubre de 1712 y murió el 11 de abril de 1760) entonces, ya desde 1741, jefe del regimiento de infantería número 22, y que mandaba en Kolin la infantería de la izquierda, no cumplió la orden del rey de situarse detrás de la aldea que acababa de tomar Hülsen para apoyar á éste, sino que se situó á 1,000 pasos del cerro. El rey observó la falta, es decir, el aislamiento de las fuerzas

de Hülsen en lo alto del cerro, y condujo la infantería del príncipe de Anhalt hasta la falda, cuando oyó súbitamente un violento tiroteo á la derecha, donde había mandado tan terminantemente que las tropas estuviesen fuera del alcance de los tiros. No había tiempo que perder; y no viendo ya más recurso para restablecer la unión entre las dos alas, mandó adelantar los batallones de la reserva, y se dirigió á todo escape á la derecha para ver lo que allí había sucedido. Allí observó que el general Manstein había cometido la misma falta que en la batalla de Praga, entrando con su brigada en acción antes de recibir la orden. Desde la carretera donde estaba apostado había visto panduros en una aldea próxima, y no había sabido resistir al deseo de arrojarlos de allí. Penetró, pues, en la aldea, desalojó á aquella milicia feroz y persiguiéndola con ardor ciego, vióse de repente con sus fuerzas blanco de la metralla de las baterías austriacas, y atacado luego por el enemigo directamente, en esta situación acudió á su auxilio el ala derecha de la infantería prusiana.

Cuando el rey llegó al sitio del combate, se hallaba ya este tan empeñado, que una retirada habría concluido por una verdadera derrota. No tardó en entrar en acción toda la izquierda, cosa que sus jefes podrían haber impedido fácilmente, y la batalla se hizo general. Lo peor fué que no quedando ya ni un solo batallón de reserva, se vió el rey condenado á dejar hacer y á limitarse forzosamente al papel de espectador. El feldmariscal Daun, gran capitán como era, aprovechó la falta de los prusianos, mandando acercar su reserva y atacar al general Hülsen hasta entonces victorioso. Hülsen tampoco cedió entonces, y hasta habría ganado toda la batalla si solamente hubiese podido ser reforzado con cuatro batallones más, porque rechazó á la reserva austriaca y en seguida la hizo perseguir por los dragones del regimiento de Normann, que la dispersaron y le quitaron cinco banderas, despues de lo cual atacaron á la caballería sajona (carabineros) y la arrojaron más allá de Kolin. Entre tanto había ganado un poco de terreno el centro y la derecha de los prusianos, pero sin que esto les diera ninguna ventaja notable. Todos sus batallones estaban tan diezmados por el fuego enemigo tanto de artillería como de infantería, que dejaban entre sí un espacio triple de lo que convenia; y como no formaban más que una sola línea, ni había tampoco reserva, fué menester situar en los claros á cierta distancia detrás de la línea escuadrones de coraceros. Un regimiento de caballería prusiana atacó á una fuerte división enemiga de la misma arma, y la habría destrozado sin una batería austriaca que lo ametralló y lo puso en tal desorden que los jinetes volvieron grupas y huyeron aterrorizados arrollando á dos regimientos de infantería situados detrás de ellos, el de Bevern y el del príncipe Enrique. Viólo el general enemigo, y lanzó su caballería sobre aquella tropa desordenada con lo cual se generalizó la confusión. Quiso Federico destruir el mal efecto de la jornada arrojándose sobre la caballería enemiga con los coraceros que allí tenía; pero no le fué posible hacerles volver al ataque. Entonces tomó dos escuadrones del regimiento Truchsess que efectivamente atacaron á la caballería austriaca por el flanco y la hicieron retroceder hasta el pié de las alturas. De toda la infantería de su ala derecha solo continuó firme el primer batallón de la guardia real, despues de haber rechazado á cuatro batallones enemigos y á dos regimientos de caballería que habían tratado de rodearlo y envolverlo. Pero un solo batallón, por grande que fuese el valor de sus individuos, no podía restablecer una batalla perdida. También se sostenía todavía el general Hülsen en Crechor con su infantería y algunos jinetes que se le habían enviado, y no se movió hasta las 9 de la noche

cuando recibió la orden de emprender la retirada con el resto del ejército. El príncipe Mauricio condujo las tropas á Nimburgo, por donde pasaron el río Elba sin ser perseguidas por un solo húsar enemigo.

Esta batalla desgraciada costó al rey 8,000 de sus mejores soldados y le desbarató todo el plan de campaña, obligándole á levantar el sitio de Praga y á abandonar la Bohemia. A estos descalabros se añadieron nuevas y grandes pérdidas causadas por la manera torpe con que su hermano el príncipe Augusto Guillermo dirigió la retirada de la mitad del ejército. A fines de julio volvió á estar todo el ejército prusiano en Sajonia. La dureza con que el rey reprendió por sus faltas al príncipe heredero su hermano hizo que este dimitiera el mando en el acto, y que muriera de sentimiento al año siguiente.

En esta situación, tan desesperada á los ojos de los pusilánimes, que su propio hermano el príncipe Enrique le aconsejó que se echara en brazos de la Francia, y salvara con la inmediata restitución de la Silesia el resto de sus Estados, escribió Federico II las dos relaciones, en las cuales justificó su conducta militar y política del año que acababa de espirar. Al final de la que lleva el título: «Apología de mi conducta política,» dice: Que me acusen, si quieren, ante el tribunal de la política; siempre sostendré que desde la liga de Cambray no ha visto la Europa una conspiración tan inicua como esta, y aun aquella liga no podría ni puede compararse con la peligrosa triple alianza que se levanta ahora, que se atribuye el derecho de declarar reyes fuera de la ley, y cuya ambición no se ha revelado todavía en toda su magnitud. ¿Quién acusará de imprudente al caminante contra el cual se han conjurado tres forajidos con sus satélites, y que se ve atacado por ellos alevosamente en un sitio apartado de una selva por donde le llevan sus negocios? ¿No preferirá el mundo ir en busca de los criminales para cogerlos y entregarlos á la justicia á fin de que esta les dé el pago que merecen? ¡Pobre humanidad! El mundo no juzga nuestras acciones por los móviles que nos impulsan á ellas, sino por el éxito. ¿Qué debemos hacer, pues? Tener suerte.»

Al final de la otra relación describe la situación militar en que le ha colocado la explosión de la conspiración magna, diciendo: «60,000 rusos se dirigen contra la Prusia; una división se ha apoderado de Memel; el gran ejército se ha retirado á diez leguas de la frontera; muchas galeras amenazan la costa con un desembarco. Lehwaldt (general prusiano) se ha de limitar á proteger la capital, y necesita refuerzos para poder tomar la ofensiva. Sé que el duque de Cumberland (encargado por el rey de Inglaterra, su padre, de la defensa del electorado de Hanover) ha sido derrotado, y que se dirigen 40,000 franceses desde la Westfalia sobre Halberstadt. He hecho lo único que me ha sido posible hacer mandando los seis batallones que guarnecían á Wesel á Magdeburgo, donde ahora hay diez batallones gracias á esta disposición. El príncipe de Soubise se dirige hácia Weimar para invadir la Sajonia y arrojarme de ella, y los suecos tienen ya reunidos cerca de 10,000 hombres en Stralsund. He mandado para hacerles frente dos regimientos de infantería á Stettin, donde ahora hay dos batallones, y además organizó diez batallones de milicias con los cuales habrá allí un total de diez y seis batallones. Un cuerpo de 8,000 á 10,000 húngaros ha penetrado en Silesia cerca de Landshut y otro cuerpo de la misma fuerza está destinado á penetrar por el lado de Teschen. Si mi ejército fuese todavía tan numeroso como al principiar la campaña, podría hacer frente á la mayor parte de mis adversarios; pero ahora no puedo ya organizar más que un solo ejército, y arrojarme con él sobre el más peligroso de

mis enemigos. Si no me doy prisa á arrojar á los austriacos de la Lusacia, me inundarán con su gente el Brandeburgo llevándolo todo á sangre y fuego, y si ataco á los austriacos y pierdo la batalla, acelero un mes mi ruina; pero si tengo bastante fuerza para vencer, puedo limpiar de ellos la Lusacia y colocar allí un cuerpo de ejército de observación, enviar una división á Silesia y otra á Halberstadt para hacer frente allí á los franceses y ganar tiempo. Esta es, en mi triste situación, la resolución más eficaz, más noble y más honrosa. He creído de mi deber dar cuenta al reino y á la posteridad de mi situación y de las consideraciones que me han hecho preferir una resolución á la otra, á fin de que mi memoria no quede manchada con acusaciones inmerecidas. Es indudable que existen muchas personas más hábiles que yo; y tampoco ignoro cuán distante me hallo de la perfección; pero cuando se trata de amor patrio, de celo para conservar la patria y su fama, no cedo á nadie en el mundo, y estos sentimientos conservaré constantemente hasta mi último suspiro.

II.—HASTENBECK Y KLOSTER-ZEVEN.

Dos meses completos antes de formalizar la Francia su tratado de alianza ofensiva con el Austria se precipitó á la guerra contra la Prusia; tanta prisa tenía el rey Luis XV de probar á la emperatriz cuán poco le importaba el interés de su país cuando se trataba de complacerla y darle pruebas convincentes de su confianza ilimitada. Por supuesto, no faltó su correspondiente plan de campaña infalible, porque según nos refiere Bernis, antes de la salida de Argenson del ministerio de la guerra se había redactado una memoria que contenía todo el plan. En ella se exponían todos los errores y faltas que la Francia había cometido en sus guerras anteriores con el extranjero; se analizaban prolijamente los principios más admirables y las precauciones más prudentes y juiciosas; y el rey había aprobado y autorizado solemnemente todo este trabajo. Veamos ahora lo que dice Bernis en sus Memorias sobre la ejecución de aquel plan que aseguraba la victoria más completa si se seguían puntualmente sus prescripciones: «No parece, exclama el abate, sino que en ambas campañas se siguió adrede el propósito de conculcar todas las prescripciones de aquella memoria. Ninguna de las faltas que había previsto se evitó; de ninguno de los recursos que indicaba para enmendar las faltas cometidas se echó mano; la guerra terrestre hacia creer que el rey de Prusia nos había cohechado para arruinarnos nosotros mismos y proteger su causa, y la guerra marítima parecía estar dirigida por los ministros de Londres para aniquilar nuestra marina.»

Antes de ponerse el ejército en marcha tuvo asegurada su desgracia con la elección del general en jefe.

La Pompadour, que solía juzgar de la capacidad de los ministros, embajadores y generales por la fisonomía, como las gitanas juzgaban del porvenir por las rayas de las manos, eligió el vencedor de Federico el Grande entre la numerosa cohorte de los generales más incapaces con que jamás ha sido castigado pueblo alguno. El favorito de aquella mujer, y por consiguiente del rey, era Carlos de Rohan, príncipe de Soubise, que había nacido el 16 de julio de 1715, el cortesano más elegante, el tertuliano más ameno, el bailarín más hábil de la corte de Versalles, y además según asegura Bernis, hombre íntegro como pocos; mas para general no ofrecía apenas otra garantía sino la seguridad de que haría la guerra con todo el decoro y cortesía posibles, y que redactaría sus boletines de batalla con el intachable estilo de la almirada literatura pastoril entonces en moda. Este fué el astro militar destinado á ganar el bastón de mariscal en la lucha con Fe-

derico el Grande, y á ser despues ministro al gusto de la dama favorita y dueño del rey de Francia. Mientras el conde de Estrées se hallaba en Viena tratando ya desde dos meses antes con el conde de Kaunitz sobre el plan de guerra que convenia adoptar, fué nombrado para el mando en jefe del ejército francés al príncipe de Soubise en 1.º de enero de 1757; pero tan luego como de Estrées salió de Viena despues de haber sido nombrado mariscal de Francia, se encargó del mando en jefe, y el príncipe de Soubise pasó á mandar un ejército de reserva, si bien con orden de continuar en su anterior puesto hasta que el nuevo jefe y mariscal se encargara del ejército. Esta doble direccion, que muy pronto se convirtió en triple con la entrada en escena del duque de Richelieu, fué desde el primer instante un semillero de envidias, celos, incertidumbre y colisiones; y no bastó todavía con las disputas de este triunvirato por el mando en jefe, sino que un cuarto pretendiente trabajaba en secreto para desbancar á los tres y ocupar su lugar. Era este el conde de Maillebois, cuartel maestro general, ó sea jefe de Estado mayor de todo el ejército y cuñado del ministro de la guerra Paulmy, con el cual mantenía correspondencia secreta.

A fines de febrero salió de las plazas fronterizas de Lila, Valenciennes, Maubegue, Sedan, Longwy y Thionville un ejército francés de 115,000 hombres y 100 piezas de artillería, que á mediados de marzo se dirigió en pequeñas secciones unas por Bruselas, Lieja y Maestricht, y otras por Tréveris hácia el Rhin. Por el camino se le agregaron cuatro batallones austriacos de la Bélgica y en Julich y Dusseldorf se le unieron diez batallones del Palatinado Electoral, y tropas mercenarias del electorado de Colonia. Iban destinadas estas fuerzas á ocupar los principados prusianos de Moers, Güeldres y Cléveris, y á sitiar la fortaleza de Wesel, evacuada ya por las tropas prusianas de orden de su rey, desde el 24 de marzo. Ignoraban los franceses esta evacuacion, y tampoco sospechaba Federico que con ella había desbaratado los cálculos y disposiciones de sus enemigos. El sitio de Wesel había sido en efecto casi el único punto sobre el cual habían logrado ponerse de acuerdo las cortes de Versalles y de Viena despues de largas y detenidas discusiones. Esta operacion con que el ejército francés en union de los contingentes alemanes debía dar principio á la campaña había sido considerado difícilísima y por tanto suficiente para ocupar el ejército invasor por muchas semanas, habiéndose dejado para mas adelante determinar los detalles del avance ulterior desde el Rhin al Weser, y desde este rio al Elba. No teniendo nada dispuesto sobre lo que conviniera hacer despues de la toma de Wesel, fué un verdadero disgusto para el general en jefe francés y para su consejo de guerra, cuando llegaron el 8 de abril á la vista de la plaza, el ver que podían entrar en ella sin la menor dificultad. «Habíamos calculado, dice Bernis en sus Memorias, que el sitio de esta plaza necesitaria por lo menos seis semanas, durante cuyo tiempo se debían hacer los preparativos para ir mas adelante, porque el ministro de hacienda había comenzado la guerra sin tener á su disposicion los medios necesarios para sostenerla y efectuar el pago de los subsidios. Así pues, apenas dado el primer paso, nos vimos en grandísimos aprietos. La guerra en América era ruinosa; continuamente había que pagar letras que dejaban el tesoro real vacío.»

Apenas habían pasado el Rhin los franceses, cuando tuvieron que detenerse por falta de carros y de almacenes. Había pocas esperanzas de obtener unos y otros, porque el general en jefe, mariscal D' Estrées, cuando al fin se presentó y se encargó del mando en Wesel el 27 de abril, riñó con Paris-Duverney el contratista de provisiones del ejército; y este encontró perfectamente lógico y puesto en el orden

segun el espíritu de su época, para vengarse de la insolencia del jefe, dejar morir de miseria á la tropa. De esta manera paralizaron los movimientos del ejército francés apenas hubo entrado en campaña; y mientras pasaba el tiempo en la inaccion, los intrigantes en la corte de Versalles luchaban entre sí desesperadamente.

La Pompadour había colocado al príncipe de Soubise en el ejército, pero le quedaba por colocar otro favorito, el conde de Stainville, despues duque de Choiseul, á quien deseaba dar una posicion con arreglo á sus cualidades amabilísimas. Fué pues destinado á representar al rey de Francia en la corte de Viena como una especie de aprendizaje para poder dirigir despues la política extranjera de su país á gusto de su poderosa protectora. El abate Bernis, aunque gozaba todavía de la confianza de la marquesa y del rey, no se disimuló que obtenida la gran victoria diplomática del mes de enero, no era ya indispensable el nombramiento del conde de Stainville, y también vió claramente lo que este nombramiento significaba, pero tuvo que aprobarlo aunque con repugnancia á pesar de que parecía á primera vista favorecer los planes ambiciosos del abate. Le sucedió esta vez lo mismo que cuando la negociacion con la emperatriz María Teresa; vió todo muy claro, y especialmente lo que no le convenia hacer, y sin embargo acabó por hacer lo que se había propuesto evitar: ejemplo vivo que él mismo nos da de lo que eran aquella corte y sus cortesanos.

El conde de Stainville estaba pronto á encargarse de la embajada de Viena en el sentido de la nueva política de la corte, pero puso la condicion de que fuese destituido el ministro Rouillé, completamente incapaz, y de ningun modo favorable al Austria; tanto que con semejante ministro creyó Stainville imposible trabajar con éxito. Quiso también que fuese reemplazado por el abate Bernis que desde dos años antes era ya, si no de nombre, de hecho el verdadero ministro de negocios extranjeros.

A esto objetó la marquesa: «¡Pero Rouillé está ya mas muerto que vivo! se duerme en su despacho y en el consejo, y por poco que se tenga paciencia nos librará de él una apoplejía. El rey no quiere ser el asesino de su ministro, que es incapaz, pero hombre de bien. Si él mismo dimitiera, haria por cierto un favor al rey, el cual se alegraria, pero la señora de Rouillé, plebeya como es, no quiere renunciar á la corte, para la cual no está hecha, y por esto no permitirá que su marido renuncie libremente.»

«¿Quiere V., interrumpió vivamente Stainville, que dentro de una hora yo le traiga á V. la dimision de Rouillé? ¿Quiere V.?»

La marquesa creyó que aquello era una broma, y en esta creencia consintió, añadiendo que influiria en el ánimo del rey para que Rouillé conservara la intendencia superior del correo y su puesto en el consejo de Estado, con lo cual conservaria su señora también su pequeña corte.

«Véase pues, dice Bernis, de qué consideraciones pueriles depende á veces el buen ó mal éxito de los mayores negocios. Debía haberse exonerado á Rouillé dos años antes, y para no agraviar á su mujer se prefirió sacrificar los intereses de las mas grandes potencias de Europa.»

El conde de Stainville cumplió su promesa. Fué á ver á la señora de Rouillé y le hizo comprender que su existencia dependia de la de su esposo, cuya preciosa vida estribaba á su vez en el alivio que le proporcionaria una disminucion de la carga que llevaba. Al principio resistió ella; pero despues bajó con Stainville al despacho de su esposo é indujo á este á presentar su dimision, la cual puso luego Stainville triunfante en manos de la marquesa. Esta quedó tan sorprendida como contenta; y Bernis, bastante perito en estas cosas, no

pudo menos de confesar en sus Memorias que el citado conde dió prueba en este negocio de ser hombre de gran habilidad y de resolucion.

No tardó Bernis en ser llamado á Versalles, y contra su propósito, dejó que el rey le encargara directamente de los negocios de que había cuidado hasta entonces solo como miembro del consejo de Estado, y desde entonces hubo de tomar además del trabajo que ya tenía el empleo y título de secretario (ministro) de negocios extranjeros. El día 29 de junio en que prestó su juramento como ministro tuvo la buena fortuna de comunicar al rey la jornada de Kolin y el levantamiento del sitio de Praga. Desde entonces hasta el 5 de noviembre no entró nunca en la cámara del rey sin alguna buena noticia, tanto que al verle entrar los cortesanos solian decir: «Ya viene, trae cara de una batalla ganada.»

Entre tanto había vuelto á moverse el mariscal D'Estrées. Obedeciendo á órdenes apremiantes de Versalles que recibió al mismo tiempo que la noticia de la batalla de Praga el 19 de mayo, salió de Wesel y llegó el 26 del mismo mes á Munster, mientras el duque de Cumberland, hijo del rey de Inglaterra, acampaba cerca de Brackwede, á una hora de Bielefeld, con su ejército de observacion, compuesto de 54,000 hombres entre hanoverianos, hesseses, contingentes de Brunswick, Gotha y Bückeburgo. El 3 de junio salió D'Estrées de Munster y avanzó hasta Rheda y Wiedenbruck donde levantó el día 13 un campamento y allí se le unió el príncipe de Soubise con su ejército. El duque de Cumberland continuó su retirada; pasó el 16 de junio el rio Weser entre Vlotho y Rehme y construyó entre Minden y Hausberge un campamento. Al propio tiempo se había dirigido D'Estrées á Bielefeld adonde llegó el 20 de junio y donde se separó de él el príncipe de Soubise para encargarse del mando superior de otro ejército que acababa de reunirse en Alsacia (1), porque entre tanto se habían cambiado en Versalles, á consecuencia de una intriga magna, todo el plan de guerra, la distribucion de los ejércitos y los generales en jefe.

Hasta entonces no podía decirse que el mariscal D'Estrées se hubiese distinguido por la rapidez de sus movimientos; pero la primera parada y permanencia en Wesel, plaza que se había creído necesario sitiar por espacio de seis semanas, no fué culpa suya, como confirma Bernis. Realmente el mariscal carecia allí de todo cuanto se necesita para operar en la guerra, como medios de transporte, víveres y dinero: cosas todas prosaicas en las cuales nunca se fijan los habladores.

En Versalles, por supuesto, nadie se cuidaba de examinar si eran fundadas las quejas del mariscal respecto del contratista Paris-Duverney y del príncipe de Soubise; porque este era la niña de los ojos de la Pompadour, y Paris-Duverney, como práctico en su oficio, probaba que la guerra en la Alemania occidental se había emprendido de una manera enteramente equivocada, y que solo podía encarrilarse relevando inmediatamente al incapaz mariscal. Sobre esto se armó una intriga cuyo éxito habría parecido un cuento al mismo Bernis, si este no lo hubiese presenciado y visto con sus propios ojos. Paris-Duverney confeccionó un plan de guerra completamente nuevo, que mereció los aplausos del mariscal Richelieu, del conde de Maillebois, de su cuñado el ministro de la guerra Paulmy y del ambicioso teniente general Crémille, pues que el autor había procurado contentar á todos ellos. Enviáronse en su consecuencia por lo pronto otros

(1) *Historia de la guerra de siete años* en una serie de conferencias, apoyada en documentos auténticos, por los oficiales del estado mayor general. Berlin 1824.

40,000 hombres á Alemania á las órdenes del mariscal Richelieu, que muy disgustado hasta entonces por no haber recibido ningun mando, debía á su llegada al teatro de la guerra encargarse de la direccion suprema; y si D'Estrées se conformase con quedarse bajo sus órdenes, podía continuar en el ejército, pero de otra manera no. Segun el mismo plan, se puso á las órdenes del príncipe de Soubise otro ejército separado de 25,000 á 30,000 hombres con los cuales debía ir directamente á Sajonia y entretener y cansar al rey de Prusia con maniobras, sin librarle por lo demás batalla alguna, solo para dar tiempo á los austriacos á apoderarse de la Silesia; porque allí querian á toda costa operar ellos contra la voluntad de la corte francesa que queria llevar el teatro de la guerra al rio Elba, donde podían combinar sus esfuerzos y trabajar juntos los ejércitos de ambas potencias y emprender el sitio de Magdeburgo, mientras los rusos y suecos emprendieran el de Stettin y operaran en la cuenca del Oder. La conquista de estas dos plazas era el medio infalible, en opinion del autor del plan, para resolver definitivamente la guerra en una sola campaña.

Este plan fué leído al rey el día 2 de junio estando presentes la Pompadour y el ministro de Paulmy. El abate Bernis solo debía enterarse de él mas adelante, y estaba convenido que lo ignorase del todo el mariscal Belleisle, presidente de la comision de guerra y amigo del mariscal D'Estrées. Paris-Duverney obtuvo la aprobacion de la Pompadour al instante, porque D'Estrées ya le era insoportable; y aunque el mariscal de Richelieu le era también odioso, le perdonó la brillante posicion que le creaba el nuevo plan de guerra en gracia de que reservaba para su favorito Soubise un papel brillante, que no dudaba representaria con éxito. Esperaba que Soubise derrotaria completamente en aquella campaña al rey de Prusia, lo cual le valdria el baston de mariscal, y que en la siguiente desbancaria al mariscal de Richelieu, como este acababa de desbancar á D'Estrées. Con esta perspectiva se decidió con entusiasmo por el nuevo plan, y aun consintió en reconciliarse hasta cierto punto con Richelieu. Cuando todo estuvo concertado, se comunicó el plan confidencialmente al abate Bernis, cuyas objeciones graves no lograron siquiera fijar la atencion de aquella gente superficial y frívola. Era una estolidez, dice en sus Memorias, desnudar el reino de tropa, exponer las costas al desembarco de los ingleses y el país á sublevaciones protestantes; y mas necio era permitir que el príncipe de Soubise, reputado por hombre honrado, de ideas levantadas y de sentimientos nobles, hiciera su aprendizaje con el mismo rey de Prusia por contrario. El abate no creia que el mariscal Richelieu ayudase al príncipe de Soubise para alcanzar lauros militares, pues Richelieu sabía que á la primera batalla que Soubise ganara, él perderia el mando en jefe del ejército, cosa infalible atendida la satisfaccion que causaba al rey la idea sugerida por la Pompadour, de ver á su «querido Soubise» á la cabeza de la direccion de la guerra y del ministerio (1).

El mariscal de Belleisle tuvo mucho despues que Bernis noticia de esta intriga, pero apenas se enteró de ella se dió prisa á escribir á D'Estrées: «Mi querido mariscal: si usted quiere continuar mandando el ejército del rey, dese V. prisa á pasar el Weser, dar una batalla y ganarla.» D'Estrées siguió el consejo, dió la batalla de Hastenbeck y la ganó, bien que de una manera por demás singular conforme veremos. Cuando la hubo ganado llegó al cuartel general su sucesor el mariscal de Richelieu, cosa que nadie comprendió entonces,

(1) Es muy sensible la falta de fechas que en esta parte se nota en las Memorias de Bernis.